

se sostiene para alojar á los árabes, frente á Córdoba, que era la capital del califato; y sin llegar á envilecerse, como Roma en los días aciagos del imperio, decae cuando Valladolid y Madrid llegan á ser capitales de España; pero como la ciudad Eterna conserva la primacía del cristianismo y es la diadema patriarcal de la Iglesia española, á cuyos timbres gloriosos rodean como nimbo deslumbrador, la historia de sus concilios en tiempos pasados; la de los Eugénios, é Ildelfonsos, siempre; la de sus Arzobispos primados, hoy. Gloria por gloria, decadencia por decadencia, dominación por dominación, parecen reflejo fiel la una de la otra, y si se dice Roma, Toledo se recuerda; y si Toledo se repronuncia, Roma parece que se escucha.

Toledo, en sus remotos tiempos, nació como esas mujeres que aparecen en la Historia para quedar grabadas en ella de un modo indeleble. Nuestra ciudad, como niña, no podía entonces, más que sonreír al verse elevada sobre un horizonte vasto, bajo un cielo como el de España, y rodeada de un espejo como el Tajo, que la invitaba, voluptuosamente, á que creciera en hermosura para reproducirla él en sus aguas, y que se mirara en ellas. Y en estas coqueterías infantiles, pudo pasar sus primeros años, luchando con el desencanto de quererse mirar algunas veces en ese espejo cuya superficie alteran olas turbulentas y cuya transparencia empañan los materiales arrastrados por la corriente.

Pero la niña se hizo adolescente, cuando en España dominaba el pueblo romano: sus primitivos moradores, vieron en ella una digna esposa de su pueblo; los romanos una plaza siempre fuerte, una posición estratégica inexpugnable, y un amor impuro que conseguir, como lo es siempre el de la conquista; y vióse requerida y codiciada, como la mujer hermosa, por el esposo que la posee y el amante que la codicia. La consiguieron, sí, y como estaba predestinada á que las huellas de sus dominadores quedaran impresas en su recinto, para embellecerla, se contempló, en la adolescencia de su vida, adornada de monumentos que nosotros no hemos visto más que en ruinas, pero que la dieron valor y grandeza.

De adolescente llega á mujer, y teniendo tales gérmenes en su seno, y embelleciéndola contornos, perfiles y colores, la que estaba presa en brazos de romanos, como amante usurpada á legítimo dueño, al ver á un pueblo gigante, bárbaro, sí, por extranjero ó por irruptor, que Alarico y Atila empujaban al Occidente para barrer en la Roma de los Césares las impuras razas de los Calígulas, Nerones, Comodos, Eliogábalos, y Adrianos, que necesitaban todo el empuje bárbaro del Norte, por la depravación de sus imperios...; al ver Toledo la raza fuerte, que, con el cristianismo por doctrina, la fuerza del número y de la razón por armas, y la mujer ennoblecida y elevada, por compañera de sus caudillos, venía sobre la Roma antigua, prostituida y rebajada de sus grandezas, como azote de Dios; dijo: «¡Este es mi pueblo, y hoy que soy mujer, á éste le doy mi mano, y de éste me ciño

diadema para coronar mis sienes con la aureola de la fortaleza y hacerme emperatriz de una raza robusta, cuando, tú, Roma, eres destronada por las decrepitudes de tus hijos, ganadas en las orgías del paganismo y en los desenfrenos de tus bacanales!..»

Y así Toledo se hace Roma, y Roma deja de serlo. Mientras una se engrandece, otra decae; pero nunca mueren, parecen, ambas, esas olas que siempre engruesan y revientan cerca de un mismo peñasco de la costa; que según el viento, así son mansas ó prepotentes; pero nunca cesan.

La unión de la Toledo adulta, tenía que ser sincera y fiel con su esposo el pueblo godo. Y dejando allá en la silueta legendaria de la fábula, los amores de Rodrigo con Florinda, los rencores y las traiciones de D. Julián, y las intervenciones de D. Oppas, como sabrosa conseja de velada de invierno, ó romancesca tradición venerada del pueblo, lo cierto es que D. Rodrigo no fué fiel á su preclara esposa, y Toledo no quería entregarse á brazos decadentes, ni á espíritus sin vigor, porque de esposos como los Wambas, era difícil olvidarse; y cuando las glorias y los monumentos godos, su orfebrería y su indumentaria, sus códigos y sus concilios, sus grandezas y sus conquistas la habían hecho, si emperatriz de un imperio, reina del arte de sus tiempos, viendo que los calumniados vencedores del Guadalete traían gérmenes de civilización detrás de sus alfanges, poesías infinitas en las suras del Corán, y álgebras, medicinas, arquitecturas é industrias que apropiarse y conservar, avara de arte, de gloria y de grandeza; si como mujer, voluble, como ciudad, inmortal; se hizo esposa del árabe, como lo había sido del romano, como lo fuera del godo, para encerrar en sí de todas las grandezas algo que la hiciese digna rival de la Roma del Tíber.

A su consorcio con los africanos recibió como regalos de boda, ó quedaron como tales dentro y fuera de sus muros, el castillo de Galiana, la casa del marqués de Villena, el palacio de D. Pedro, el incomparable templo del Cristo de la Luz, esa joya que se llama Puerta del Sol, la antigua de Visagra y el Taller del Moro.

Los muzárabes la dejan, entre otros donativos, el Salón de Mesa, y los judíos amantes suyos, con los que fué ingrata, la adornaron, también con los primores del Tránsito y las elegancias de Santa María la Blanca.

¡Grande has sido, Roma española, como lo fué la Roma de los Césares! Si en tu historia y en tus monumentos te pareces á la metrópoli italiana, tus hijos, aunque no tantos, han sido grandes también como los que nacieron en la ciudad Eterna!

Y si al saludarte hoy desde las columnas de esta *Revista*, que lleva el noble pensamiento de popularizar tus grandezas, omitiéramos invitarte á conservar tus timbres gloriosos, á conseguirlos nuevos y á seguir compitiendo con la Roma del Vaticano, ni seríamos españoles ni dignos hijos del siglo del progreso.

Tienes, Toledo, escrita en piedra la historia de tu infancia, de tu adolescen-

cia y de tu edad madura. Conserva, como cabellera encanecida por los siglos, esa corona monumental que ciñe tus sienes, en la cabeza de tu histórica figura. Pero baja tus ojos para mirar tus plantas, y ya que ellas descansan en esa vega fértil y risueña, bordada como por friso brillante y abundosa plata por las volutas curvas del Tajo, haz Toledo, que el vapor y la electricidad circulen, con sangre nueva, por las arterias de tus misteriosas enrocijadas, y que discurran, como por vasos capilares, por las árabes *atañías* de tus decoraciones. Si la luna viene hace siglos filtrando sus rayos á través de los mosaicos de tus vidrieras, y la mortecina luz que alumbraba el humilladero cristiano refleja en los fustes de tus columnas, que choquen luz contra luz, la del cirio con la del gas, la del farolillo de aceite con la del arco voltaico, que resplandores contra resplandores y fuerzas contra fuerzas, todas te alumbran y todas te empujan. No pierdas tus antiguos tesoros, pero busca otros nuevos. Mira al Tíber y allí está tu hermana. Ahí hoy se llama Roma; mira al Tajo y dí: Aquí estoy yo, me llamaré siempre, ¡Toledo!

JOSÉ M.^a OVEJERO.



EL PALACIO DEL REY DON PEDRO I



EN pocas ocasiones hemos tomado la pluma con impresión más dolorosa que en ésta, pues nos obliga á pedir auxilio á los artistas, historiadores y arqueólogos en la tarea de rogar al ayuntamiento de Toledo vuelva sobre un acuerdo que ha de herir profundamente á cuantos aman esta ciudad, que es amar el arte, el antiguo esplendor y las glorias de pasadas edades.

Así como Barcelona es notable por el movimiento industrial y su vida moderna, Madrid por la política, Valencia por la feracidad del suelo y los jardines, Torrelaguna por haber visto Cisneros allí la primera luz; Toledo es notable, notabilísima, por su historia, que abarca la de toda España, por sus gloriosas tradiciones, sus poéticas leyendas y sus monumentos, códices de piedra que, ora por lo robusto de sus muros, ora por los primores de ornamentación, nos dan á conocer las distintas civilizaciones que aquí han dejado impresa su huella.

Quitar á los pueblos su carácter distintivo puede ser mejorarlos si las reformas los embellecen y dan buenas condiciones morales y materiales; en una palabra, cuando este carácter les distingue de los demás por incultos, por anti-higiénicos, se cumple un deber reformando lo malo; pero borrar lo bello real para dar lugar á lo bello supuesto, es errar; pretender la modernización de lo que tiene su hermosura en ser antiguo, es atentar contra la estética.

Mil atropellos han sufrido en Toledo, el arte, la historia y la arqueología: unas veces el fanatismo religioso destruye el anfiteatro romano y las sinagogas, otras la bárbara guerra incendia San Juan de los Reyes, otras el fútil pretexto de ensanchar el paso á coches y carros que en corto número entran por el puente Alcántara, demuestran los dos castillos que defendían la cuesta del